

Año de la Fe:

Somos hijos de Dios

P. Wojciech Nowacki



El concepto de que un hombre sea hijo de Dios manifiesta una relación especial e íntima entre él y Dios. Se relaciona con nuestra fe en Dios como Creador del hombre, y en su cuidado del hombre y del mundo. La infancia divina del hombre y la paternidad de Dios señalan el origen de todo, especialmente el origen del hombre en Dios. Esto nos recuerda nuestra total dependencia de él.

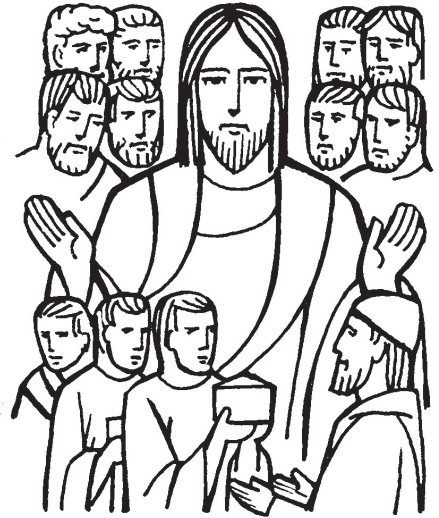
El Antiguo Testamento raras veces se refiere a la filiación del hombre en relación con Dios, y casi nunca en el contexto de la Creación. Solo en el *Libro de Malaquías*, encontramos en 1,6 y 2,10: «Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra?... dice Yahveh Sebaot...» y «¿No tenemos todos nosotros un mismo Padre? ¿No es ha creado el mismo Dios?». Más allá de la Creación, Dios mostró su amor y su cuidado paternal de la nación de Israel cuando los liberó de la esclavitud en Egipto, estableció la Alianza en el Sinaí y los protegió durante el viaje por el desierto hasta su entrada en la tierra prometida. En este contexto, a Israel se le llama el primogénito de Dios (Ex 4,22; Dt 14,1; Is 1,2), mientras que los israelitas llamaban a Dios Padre del pueblo elegido (véase Dt 32,5; Jer 3,4; Is 63,16). La infancia divina se refiere aquí a una comunidad no a individuos.

Durante la época del rey David, podemos detectar referencias bíblicas a la divina infancia con respecto a individuos de gran importancia en la nación. Una de esas personas es David (véase Sal 89,27). Dios se le aparece como un Padre (2 S 7,14; 1 Cro 22,10). También, en estos casos extraordinarios, los elegidos de Dios —aquellos llamados a una misión especial— estaban cualificados para la infancia divina.

Cristo, unigénito de Dios Padre

Jesús expresa con frecuencia su relación particular con Dios Padre, como una paternidad y una filiación divina exclusiva. Basándose en esta relación especial y única, Jesús tiene la autoridad de

insistir en que sus discípulos acepten su enseñanza y el hecho de que Dios es su Padre de una manera particular. Es importante advertir que Jesús llama a Dios



Abba, 'Papaíto' (Mc 4,36; Rm 8,15; Gál 4,6). Según los Evangelios sinópticos, cada vez que Jesús le habla a Dios, lo llama Padre. Un buen ejemplo de esto es el Himno de la Alegría (Mt 11,25–27; Lc 10,21–22).

Jesús llama a Dios no solo su Padre, sino también el Padre de las personas, o al menos, de sus discípulos. Según los exégetas, los textos auténticos de la expresión de Jesús «su padre» (de ustedes) son: Mc 11,25; Mt 6,32; Lc 12,30; Mt 5,48; Lc 6,36; Lc 12,32 y Mt 23,9. El Dios revelado por Jesús es misericordioso y cercano a las personas. Las consecuencias de su paternidad para con todas las personas se expresan en el requisito de amar a nuestro prójimo (Mt 5,45–48). Jesús enseñó a sus discípulos a clamar a Dios como su Padre (ver Mt 6,9; Lc 11,2). No pretendía que fuera una manera nueva de llamarlo sino una experiencia íntima. Jesús conduce a la relación de filiación que existe entre él y su Padre. Pero su relación con el Padre es singular y diferente de la de los discípulos. No obstante, constituye la base de su filiación.

La paternidad de Dios y la filiación de todos los creyentes se expresan más claramente en las cartas de san Pablo. La *Carta a los gálatas* (Ga 4,4–7) señala la iniciativa de Dios Padre que envía a su Hijo y luego al Espíritu Santo. Jesús nace bajo la ley y de la Virgen, asumiendo completamente nuestra humanidad. Esta es la única manera de que nos pueda liberar totalmente para que podamos recibir la «filiación adoptiva», que constituye el propósito principal de su encarnación. El término «adopción» no infravalora nuestra infancia divina, sino que acentúa el amor incondicional de Dios, que nos adopta como hijos

EN ESTA EDICIÓN

Año de la Fe:

Somos hijos de Dios

P. Wojciech Nowacki

Liderazgo:

Procurar una vida de santidad. ¡No al pecado!

Cyril John

Preguntas a la Comisión Doctrinal de ICCRS:

¿Los carismas pueden manifestarse en una persona que no ha sido bautizada en el Espíritu?



Nuestra infancia divina nos conduce a una relación particular con cada una de las tres Personas de la Santísima Trinidad.



aunque solo seamos sus criaturas. Los hijos de Dios participan de la relación entre Jesús y el Padre. Gracias a nuestra unidad con Jesús, podemos también llamar a Dios *Abba*, porque el Espíritu del Hijo enviado por el Padre nos mueve. Existe un vínculo estrecho entre la misión de Jesús y la del Espíritu Santo. Al Espíritu Santo se le llama Espíritu del Hijo, que subraya la conexión entre su muerte, su resurrección y el don del Espíritu Santo. El Espíritu Santo fue enviado para hacer posible que las personas recibieran su filiación adoptiva. Es el Espíritu Santo el que exclama en nosotros: «Abba, Padre». San Pablo menciona nuestra filiación adoptiva por parte de Dios en otros textos, por ejemplo: Rm 8,14–17; Ef 1,5; Ef 1,13; 2 Co 1,22 y 2 Co 5,5. Según estos pasajes, la filiación adoptiva tiene una dimensión escatológica, abierta a la plenitud que todavía no poseemos. La semejanza con Jesús y la participación en su filiación con respecto a Dios deberían desarrollarse e intensificarse en nosotros hasta que Jesús se forme completamente en nosotros (véase Gál 4,19).

Juan apóstol habla sobre la filiación divina cuando dice que el que cree en Jesús «nace» de Dios, engendrado de él (véase Jn 1,12; 1 Jn 2,29; 3,9; 4,7; 5,1). El nuevo nacimiento significa «nacer del Espíritu» (véase Jn 3,6; 6,63). Aquí, se muestra al Espíritu Santo como el que actúa directamente en nosotros y es la fuente de nuestra filiación divina. Según san Juan, él es el don de Jesús resucitado y glorificado dado a sus discípulos (véase Jn 7,39; 14,16; 15,26; 16,7). San Juan hace énfasis en la diferencia entre la filiación divina original de Cristo y la filiación divina de los creyentes, que es una participación en la filiación de Cristo. Dios no es el Padre de Jesús y de las personas de la misma manera (Jn 20,17), aunque Jesús llama a sus discípulos hermanos. El más revelador es el pasaje de la *Primera carta de Juan* (1 Jn 3,1–3): «Miren qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es». Este pasaje recalca lo escatológico, la plenitud esperada de la filiación, que lograremos cuando contemplemos a Dios cara a cara por la gracia de la relación entre la filiación y la semejanza divina. No podemos imaginarnos a nosotros mismos teniendo nuestra infancia divina sin la presencia de Jesús en nosotros por la unión del Espíritu (ver 1 Jn 2,20–27; 3,24).

La infancia divina como participación en la vida de la Santísima Trinidad

El Espíritu Santo es un vínculo de amor entre el Padre y el Hijo. La obediencia del Hijo encarnado a Dios Padre se expresa en el Espí-

ritu Santo. Un cristiano queda lleno del mismo Espíritu que guió a Jesús en su vida terrenal y del que se llenó después de la resurrección. Jesús, como unigénito del Padre, es singular. Gracias al Espíritu Santo, se hace la norma de una vida nueva para todos. Al recibir el Espíritu Santo, podemos participar de la filiación divina que originalmente solo le pertenecía a Jesús. Es por lo que Jesús, como el Unigénito de Dios, es al mismo tiempo el «primogénito entre muchos hermanos». Como unigénito del Padre, nos hace hijos de Dios.

Nuestra infancia divina nos conduce a una relación particular con cada una de las tres Personas de la Santísima Trinidad. Según el Nuevo Testamento, estamos en comunión con Jesús porque tenemos el Espíritu Santo. Así, el Espíritu es la Persona Divina más íntima. Es por lo que nos une con el Hijo y con el Padre. Cada una de las tres Personas Divinas —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— se relaciona con nosotros de una manera particular. El Espíritu Santo no nos hace semejantes a él sino a Jesús. Hace esto haciéndonos hijos en el Hijo y partícipes de la filiación de Jesús.

Como partícipes de la filiación divina, somos hijos de Dios Padre, pero ni somos hijos de Jesús, el Hijo de Dios, ni hijos del Espíritu Santo, ni hijos de toda la Santísima Trinidad. Somos adoptados como hijos por aquel que es el Padre en el misterio de la vida de la Santísima Trinidad. Dios se nos da a sí mismo como el Padre, uniéndonos a su comunión con Jesús y amándonos como ama a Jesús. Nuestra filiación adoptiva depende de la filiación de Jesucristo, el Hijo de Dios que se hizo hombre. Jesús nos hace partícipes de su relación con Dios, y no nos convertimos en sus hijos sino más bien en sus hermanos (Rm 8,28; Hb 2,17). San Atanasio de Alejandría dice: «El Hijo de Dios se hizo hombre para poder hacernos Dios». Pues Jesús resucitado excede todos los límites de espacio y tiempo, y el Espíritu lo cumple todo. Todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo pueden participar en la vida de la Cabeza. El Hijo se nos da a sí mismo en su encarnación, muerte, resurrección y obediencia al Padre. También, enviando el Espíritu Santo a quien podemos clamar: «Abba, Padre».

Celebrando el sacramento del bautismo, me lleno gozo de este misterio de fe. A través de gestos y palabras sencillas, el Espíritu Santo desciende sobre un bebé y lo cambia radicalmente, haciéndolo semejante a Jesús hasta el punto de que Dios Padre lo reconoce como propio. La voz de Dios resuena: «Este es mi hijo amado en quien me complazco». En el Espíritu Santo, por Jesús, tenemos acceso al Padre. Nos llamamos hijos de Dios, pues es lo que somos. 🏠

Procurar una vida de santidad. ¡No al pecado!

■ Cyril John



San Pablo tuvo el valor de desafiar a aquellos que estaban a su cuidado espiritual: «Sean mis imitadores, como yo lo soy de Cristo» (1 Co 11,1). Todos aquellos llamados al liderazgo espiritual deben poder decir con san Pablo: Tómenme como modelo, como yo tomo a Cristo como modelo. Se supone que los servidores son personas que inspiran y atraen a otros a seguir al Maestro. Ante todo, un servidor forma y moldea a otros en la piedad a través de una vida de santidad. Un servidor debe guiar con el ejemplo y no solo con la exhortación. Es por lo que Pablo le dijo a Timoteo: «Procura, en cambio ser para los creyentes modelo en la palabra, en el comportamiento, en la caridad en la fe, en la pureza» (1 Tm 4,12). Debemos seguir la ley para dar a otros «un modelo que imitar» (2 Ts 3,9). La actitud con doblez debilita nuestra fuerza moral y espiritual y nos hacen servidores tibios e ineficaces. Un proverbio africano dice: «No puedo escuchar lo que dices, porque lo que eres me está atrona».

¿Cómo podría un ciego conducir a otro ciego? Esta podría ser la razón por la que existen servidores en la Iglesia, comunidades y grupos de oración que no son suficientemente eficaces. La llamada al liderazgo es una llamada a la santidad. Se observa normalmente que dondequiera que el liderazgo esté plagado de lujuria, avaricia y falta de perdón, el servicio que se presta tiende a perder celo, poder y dirección, y se debilita y desilusiona. Francis Bacon concluyó acertadamente: «El que da buen consejo construye con una mano. El que da buen consejo y ejemplo construye con las dos. Pero el que da buen consejo y mal ejemplo construye con una mano y derriba con la otra».

El papa Juan Pablo II señaló que «la verdadera santidad es la cuna de la verdadera misión y todos los cristianos están llamados a ser misioneros». El concepto de santidad para todos tiene una base sólida en la Sagrada Escritura. En el Antiguo Testamento, Dios le dijo a Moisés: «Habla a toda la comunidad de los israelitas y diles: Sean santos porque yo, Yahveh, su Dios, soy santo» (Lv 19,2). En el Nuevo Testamento, Jesús nos dijo en el Sermón de la Montaña: «Ustedes, pues, sean perfectos como es perfecto su Padre celestial» (Mt 5,48). San Pablo insiste: «Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación...» (1 Ts 4,3). En 1 Tm 3, 2, san Pablo dice que los servidores y ministros de la Iglesia deben ser «irreprensibles». Abordando alguno de los retos principales a los que se enfrentarán los pastores y servidores de la Iglesia en los próximos diez años, un clérigo no católico expresó: «Si la pureza de los motivos, la claridad en la comunicación, la santidad en el matrimonio, la castidad en el sexo y la fidelidad en el matrimonio fueran nuestro distintivo, muchos no tendrían que hacer su equipaje y cerrar las puertas de la iglesia: Dios utilizará el mundo para hacer eso».

«Pues bien, tú que instruyes a los otros ¡a ti mismo no te instruyes! Predicas: ¡no robar! Y ¡robas! Prohíbes el adulterio, y ¡adulteras! Aborreces los ídolos, y ¡saqueas sus templos! Tú que te glorías

en la ley, transgrediéndola deshonras a Dios. Porque, como dice la Escritura, el nombre de Dios, por causa de ustedes, es blasfemado entre las naciones» (Rm 2,21-24). El pecado de cada cristiano tiene una naturaleza social ya que somos parte del Cuerpo Místico de Cristo. Cuando pierdo gracia y estoy en pecado, afecta a todo el cuerpo. Algunos pueden tender a decir: «Es mi problema personal». No, no es el problema de una persona sola, ya que cada uno es parte del Cuerpo de Cristo. La unción se pierde por la auto-complacencia. Para seguir experimentando el poder de Dios, uno debe llevar una vida de abnegación, una vida de renuncia radical y de oración. No creo que ningún hombre o mujer pueda satisfacer completamente sus apetitos naturales y al mismo tiempo disfrutar de la plenitud del poder de Dios. La satisfacción de la carne y la plenitud del Espíritu no van de la mano.

El músico Gounod dijo: «Una gota de santidad vale más que un océano de genialidad». Encontramos esto en la vida y misión de san Juan María Vianney. Hace años, John Wesley, un ministro de la Iglesia de Inglaterra y teólogo cristiano dijo: «Dame cien hombres que solo odien el pecado, que solo teman a Dios y que no conozcan más que a Jesús crucificado, y haré temblar al mundo». Por lo tanto, Jesús fue bastante contundente al decir: «Ustedes son la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres» (Mt 5,13). Aquí lo que Jesús nos dice es que si no vivimos una vida de santidad seremos como la sal que ha perdido su sabor y ya no puede hacer lo que la sal tiene que hacer. Si ese fuera el caso, seríamos totalmente inútiles.

Después de que san Pablo tuviera la experiencia de Damasco, le llevó a una renuncia radical de todas aquellas cosas que consideraba preciosas. El amor de Cristo le empujó a decir: «Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él» (Flp 3,8-9). Necesitamos renunciar a todo lo que es impropio de un discípulo. El principio adoptado por san Pablo debería ser el lema para cada uno de nosotros: «golpeé mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado» (1 Co 9,27).

Francia se enfrentó a muchos problemas graves. San Martín, Obispo de Tours, dijo: «Oh Señor, ¿qué haría falta para perdonar a mi país? ¿Qué haría falta?». El Señor le contestó: «Martín, haría falta un santo». La santidad es poderosa y contagiosa. Concluyo con las palabras del Card. Francis Van Thuan de Vietnam, tomadas del consejo que les dio a los seminaristas de la Universidad de Salford: «He tenido esta experiencia: si sigo a Jesús fielmente, paso a paso, él me llevará a mi objetivo... No se preocupen de cómo van a atraer a una multitud; estén seguros de que si siguen a Jesús, ¡las personas los seguirán a ustedes!». 🏰



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿Los carismas pueden manifestarse en una persona que no ha sido bautizada en el Espíritu?

Los carismas son gracias especiales distribuidas por el Espíritu Santo para que los cristianos sean canales poderosos del amor de Dios y de su presencia en el mundo. Sean extraordinarios u ordinarios, los carismas tienen que ponerse al servicio de la edificación del cuerpo de Cristo (CIC 2003). «Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común» (1 Co 12,7). A diferencia de los dones santificantes, los carismas son dados de diferentes maneras a distintos miembros de la Iglesia. Son dones para ser repartidos, manera en la que la bondad de Dios alcanza a nuestro prójimo a través nuestro.

En la historia reciente de la Iglesia, antes del Concilio Vaticano II, los carismas fueron descuidados. El P. Raniero Cantalamessa dice que «los carismas no desaparecieron del todo de la vida de la Iglesia sino de la teología». La Renovación Carismática ha contribuido a volver a descubrir los carismas como parte de la vida cristiana.

Los carismas son especialmente cruciales para la evangelización. Jesús mismo comenzó su ministerio carismático después de quedar lleno del Espíritu en su bautismo. «Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto», y venció al tentador. Luego «volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu» (Lc 4,1-14; véase Hch 10,38).

Jesús le dijo a sus apóstoles que antes de comenzar su misión hasta los confines de la tierra, debían esperar hasta que fueran «revestidos de poder desde lo alto» (Lc 24,49). La evangelización es obra del Espíritu Santo, que les facultó y confirma su mensaje con los carismas que les acompañaban, signos y prodigios (Mc 16,20).

El bautismo contiene la semilla de los carismas

Veamos lo que la Escritura nos cuenta sobre recibir los carismas. Después de que el Espíritu Santo se derramara en Pentecostés, con el don de lenguas y la alabanza desbordante a Dios, Pedro se levantó y explicó a la multitud reunida cómo ellos también podían recibir el mismo Espíritu: «Conviértanse y sea bautizado cada uno de ustedes en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de sus pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo» (Hch 2,38). Esto significa que los carismas están enraizados en última instancia en el bautismo. Pablo, asimismo, señala el bautismo como la fuente de los carismas: «Pues todos nosotros... hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Co 12,13).

Más tarde en *Hechos*, cuando un grupo de recién bautizados no manifestaba ningún carisma, los apóstoles reconocieron que se necesitaba algo más para la plena efusión del Espíritu. De modo que fueron e impusieron sus manos sobre los recién bautizados,

que entonces recibieron el Espíritu con una manifestación visible de carismas (Hch 8,17). La Iglesia reconoce esta imposición de manos como el origen del sacramento de la confirmación, «el cual perpetúa, en cierto modo, en la Iglesia, la gracia de Pentecostés» (CIC 1288).

Así el bautismo y la confirmación son un auténtico «bautismo en Espíritu Santo y fuego». Estos sacramentos confieren el Espíritu Santo y la gracia santificante de Jesucristo. Cuando los candidatos están bien preparados por el anuncio del kerigma y una enseñanza sólida sobre los dones del Espíritu, a menudo manifiestan rápidamente dones tales como la profecía y hablar en lenguas.

En muchos casos, sin embargo, los efectos plenos de los sacramentos aparecen solo más tarde, cuando se ora por una persona pidiendo el bautismo en el Espíritu Santo. Cuando se pone un azucarillo en una taza de leche, no se puede saborear la dulzura hasta que se agita la leche. La oración por el bautismo en el Espíritu no es un nuevo sacramento sino un canal que aviva lo que se recibió en los sacramentos. No deberíamos concluir que una persona bautizada no puede manifestar ningún carisma hasta que hayan orado para que reciban el bautismo en el Espíritu.

Al abrirnos al Espíritu Santo con docilidad, humildad y amor, los carismas emergen completamente. Entonces descubrimos que nuestras obras de servicio, oración, evangelización o enseñanza tienen un nuevo poder para tocar corazones, iluminar la inteligencia, conducir a la conversión y sanar.

Carismas, habilidades y falsos dones

Los carismas del Espíritu Santo son sobrenaturales. Son distintos de los talentos naturales o las habilidades aprendidas. Los carismas pueden, sin embargo, ser injertados en un don innato como la enseñanza o la música y puestos al servicio eficaz por el Reino de Dios.

Pablo enseña que se requiere discernimiento para el ejercicio adecuado de los carismas. «No apaguen el Espíritu, no desprecien las profecías. Examinenlo todo; quédense con lo bueno. Guárdense de toda clase de mal» (1 Ts 5,19-22). Los dones falsos son falsificaciones peligrosas de los verdaderos carismas, que pueden ser manifestados por personas que actúan bajo la influencia de Satanás. Jesús advirtió: «Aquel día muchos dirán: “Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre y en tu nombre hemos echado los demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?”. Entonces yo les declararé: “Nunca los he conocido. Aléjense de mí, los que obran la iniquidad”» (Mt 7, 22-23).

No debemos olvidar que no poseemos los carismas. Pueden perderse si dejamos de actuar bajo la gracia del Espíritu Santo, edificando la Iglesia en humildad y amor. 